

El egoísmo y el amor propio

Por ENRIQUE GUARNER
(Segunda Parte)

LA publicación en 1867 de «El Capital» de Karl Marx constituye una crítica demoledora contra lo que representa el exceso de la propiedad privada. El autor señala la injusticia que resulta por la explotación de los obreros. Según Marx, los fenómenos históricos tienen un fondo económico y son manifestaciones más o menos claras de la lucha de clases, que sólo acabará cuando termine el monopolio de los medios de producción por unos cuantos, en perjuicio de los trabajadores que son los más.

En su teoría económica empieza Marx por distinguir en toda mercancía el valor en uso (derivado de su utilidad) y el valor de cambio (representado al ser canjeada). Dichos valores acusan grandes diferencias pero poseen un elemento común: son productos de trabajo. Siendo este último lo más importante, ha sido reemplazado primero por el oro y después por el dinero como una medida única. Marx estudió la transformación de la mercancía en instrumento de cambio y su relación con el dinero, o sea, el capital cuya aparición atribuye a la venta en más de lo que vale denominada plusvalía. Según el autor esta última es ilegítima porque contribuye al malestar social.

En su libro «The general Theory of Employment, Interest and Money» de 1936, John Maynard Keynes nos demuestra que la situación del capitalismo y la acumulación de la riqueza da lugar a fluctuaciones que hacen perder la confianza en el futuro y que las depresiones económicas deben ser el sistema para evitar el atesoramiento del dinero por unos cuantos.

Como vimos en el artículo previo Freud se mostraba pesimista en cuanto al éxito del socialismo. Sin embargo, algunos otros psicoanalistas como Franz Alexander y Abraham Kardiner pensaron que deberían conciliarse las ideas del creador de la teoría sobre la mente humana con el pensamiento económico de Marx.

En el fondo Freud no podía ver las desigualdades en la distribución de la riqueza más que como resultado de la agresión, tendencia que surgiría desde la casa cuna. Parecería como que no se tomaba en cuenta el vandalismo que surge en los pueblos como consecuencia de una cosecha pobre y la falta de alimentos.

En 1975 un grupo de psiquiatras encabezados por Yerkes y Kaplan trataron de crear una escala que midiera

el grado de hostilidad que se despierta ante determinados estímulos. Los siguientes aspectos fueron considerados: resentimientos, agresión verbal, hostilidad indirecta, ataque físico y desconfianza. Todos los observadores concluyeron que la mayor parte de la hostilidad era despertada por la frustración que ocasionaban las personas egoístas incapaces de ceder ninguno de los objetos que poseen.

Como vimos en artículos anteriores, la envidia es determinada por el hecho de que las posesiones que deseamos están en poder de otra persona y que serían nuestras si ella no existiera. Es posible que el individuo envidioso sienta este sentimiento sin hacer nada por alcanzarlo y su rabia puede ser resultado de su pasividad.

Debo agregar que uno de los problemas que crea el egoísmo es la presencia del lujo. Las leyes contra lo suntuario son encontradas en diversas sociedades de los pueblos primitivos. Es un hecho que el hombre que crea la desigualdad busca la opulencia y provoca la envidia. Fue por ello que los romanos crearon la llamada «Lex Didia» (143 antes J.C.) a través de la cual se prohibían las comidas extravagantes no solamente para los anfitriones, sino que también se castigaba a los invitados. En 1190 Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León restringieron el lujoso vestuario de sus cortes. En Holanda Carlos V prohibió el uso de atavíos bordados con oro y plata. Sin embargo, las leyes suntuarias han tenido poca aplicación a lo largo de la historia, de tal manera que el mismo Voltaire que criticaba la sociedad de su época favoreció las extravagancias de la corte francesa. Con respecto a este tema decía:

«Si entendemos por lujo gastar más de lo necesario, el lujo es consecuencia natural de los progresos de la especie humana y razonando lógicamente sus enemigos deben creer lo que dijo Rousseau: que el estado de felicidad y virtud para el hombre y que disfrute de cuanta comodidad le sea accesible. Si entendemos por lujo una consecuencia de la prosperidad, sin la cual ninguna sociedad puede subsistir y es resultado de la desigualdad de las fortunas que se derivan no del derecho de propiedad, sino de las malas leyes. Estas son las que propician lo suntuario, pero las buenas leyes lo pueden suprimir. Los moralistas deben dedicar sus sermones a los legisladores y no a los particulares porque está en el orden de las cosas que el hombre virtuoso e ilustrado tenga el poder de redactar leyes razonables y es contrario a la naturaleza humana que todos los ricos de una nación renuncien a proporcionarse por medio del dinero del placer y de la vanidad».

Sin embargo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial han surgido opositores al resurgimiento del lujo. La aparición de una culpa social ha dado lugar a una crítica contra la idea de lo suntuario.

En el fondo la indulgencia en lo lujoso es siempre egoísta y provoca la envidia y la hostilidad. La ostentación innecesaria y el gasto frívolo es objetado por la mayoría, pero aquí cabría preguntarse si lo que parece opulento no puede constituir una necesidad por la calidad y durabilidad que pueda tener ese objeto.

El culto a la pobreza suele despertar mayor simpatía que la desigualdad social, pero también tenemos que considerar que los medios de producción en los países capitalistas resultan muy superiores a los que existen en los socialistas y que esto último es lo que está dando lugar a los grandes cambios que se están operando en estos últimos.

Como hemos visto en este artículo, el egoísmo representa una entidad psicológica relacionada con el narcisismo y el exceso de amor propio. El carácter fijado a la etapa anal en el que existe un grado de estreñimiento, da lugar al individuo con tendencia al atesoramiento. Este sujeto que centra todo alrededor de sí mismo presenta como características esenciales: la petulancia, la pedantería y el ser parsimonioso. Todo lo retienen y ahorran no sólo en el aspecto económico, sino también en sus afectos y por lo tanto provocan el odio de las personas que los rodean.

No solamente los caracteres obsesivos son egoístas, sino que este rasgo se da también en algunas histéricas en las que se puede ver cómo todo se centra alrededor de ellas, queriendo sobresalir más que los demás tanto en estimación como en reconocimientos. A veces el egoísmo surge con una desconsideración brutal y todo aquel que no se desvele por sus intereses se trueca en su enemigo mortal. Parecería como que gozan por medio de dolores y quejas.

Las histéricas aparentemente se acomodan a las intenciones de los demás, pero tan pronto el arbitrio ajeno se muestra contra sus deseos, se extingue cualquier conveniencia, viéndose entonces que todo era para arraigar más su egoísmo. Nótese entonces que la preocupación altruista llevaba un móvil interesado y más que nada se buscaba forzar a la gratitud y subordinación. Es por esta circunstancia que las histéricas se dedican a cuidar enfermos, o sea, para ejercer superioridad y ser tenidas como donantes, pero pronto se descubre que el móvil era profundamente egoísta.

Quisiera finalizar diciendo que el problema de la acumulación de la riqueza parte del egoísmo, conflicto que desde el punto de vista religioso debiera ser más condenado que la mayoría de los diez mandamientos.